

Iniciamos hoy esta nueva sección de "Estudios Africanos" destinada a relatos y poesía populares africanos, con una narración incluida en la conferencia que el profesor Lourenço Rosario, de la Universidade Nova de Lisboa dio en el Colegio Mayor Universitario "Africa" invitado por la AEA sobre "Presencia colonial y conflicto de mentalidades en la tradición oral africana". Se trata de un cuento legendario cuya narradora mozambicana semi-urbanizada es de 68 años de edad, y el relato fue recogido en la villa de Luabo (Zambezia) en 1978.

LA MUCHACHA DE MWALA WA SENA

Versión de Lourenço Rosário(*)

Allá por la parte de Mwala Wa Sena había una mujer que tenía una hija muy bonita. Esa mujer hacía todo y no dejaba que su hija aprendiese los trabajos que una mujer debe saber.

La muchacha creció. Y como creció llegó a la edad de casarse. Aparecieron los pretendientes. Y la madre decía a ellos: "Mi hija es bonita, pero, ¿sabes?, no ha aprendido a hacer nada en casa, ni majar, ni sembrar, ni cocinar, ni barrer la casa, ni frotar las espaldas del marido cuando se baña, ni cosa alguna. La única cosa que enseñé a mi hija fue enhebrar «missangas»² en las fibras y fabricar otros adornos para el cuerpo".

Los jóvenes, cuando oían aquello, desistían luego y exclamaban: "Yo no como adornos, nadie vive de bellezas; ¿de qué me sirve tener una mujer bonita si ella no sirve para nada, ni sabe hacer nada?". Decían esto e iban a buscar novia en otras casas del poblado, donde había muchachas en edad de casarse.

Un día apareció un muchacho extranjero. Ese muchacho no era de aquel poblado, ni de alguno de los poblados vecinos; él venía de muy lejos. Las personas de los alrededores no sabían quién era él, ni quién sería su familia.

La madre de la muchacha le dijo: "Tu eres extranjero. Yo no conozco las costumbres de tu gente. ¿Quieres llevarte a mi hija? Mira que ella no sabe majar, ni ir al río a traer agua en la cabeza, ni cocinar, ni restregar la espalda del marido en el baño, ni sembrar, ni nada. La única cosa que ella sabe es enhebrar las «missangas»". El joven respondió: "No está mal, yo la quiero así. Mi familia lo hará todo por ella".

Llegó la ocasión en que la muchacha debía viajar e ir a visitar el poblado del marido y vivir con los futuros suegros. Este uso de visitar a la suegra antes del casamiento acostumbra hacerse para ver los defectos que pueden tener las nueras antes de la boda.

El muchacho dijo a la madre que su futura mujer no debía hacer nada, porque no había aprendido a bregar con los trabajos domésticos. La madre del joven quedó muy espantada y dijo: "Ya soy casi vieja. He vivido muchos años. Nunca en mi vida oí semejante cosa. ¿Dónde se vio una mujer que no sabe hacer los trabajos domésticos que le corresponden?". El muchacho respondió: "No tiene importancia, a mí me gusta ella así".

La madre del muchacho quedó triste, pero prometió no obligar a la joven a hacer trabajos. Así se pasaron tres meses y la muchacha tenía de todo y pasaba la vida muy bien sentada, enhebrando las "missangas" en los hilos.

Un día la madre del joven no aguantó más aquella situación. Recogió algunos granos de "mapira"; fue a buscar el mazo y dijo a la muchacha: "En mi casa no soportamos ver a una mujer que come y no hace nada. Aquí tienes alguna "mapira" para majar. Yo voy a trabajar al campo. Cuando vuelva quiero encontrar todo listo". El joven había ido a cazar con sus perros. La muchacha se puso en el almirez y majando y llorando cantó esta canción:

Du, Du, Du
 Eres tú infeliz la que majas
 La suegra nunca fue madre
 Du, Du, Du
 Eres tú, infeliz la que majas
 ¿Por qué tu madre te trató como vidrio?
 Du, Du, Du,
 Eres tu, infeliz, la que majas
 Tu madre descuidó tu futuro
 Du, Du, Du
 Eres tu, infeliz, la que majas
 Tu futuro es ser engullida
 Du, Du, Du
 Eres tu, infeliz la que majas
 Creíste en el marido lo que venía de la suegra
 Du, Du, Du
 La suegra nunca fue madre.

Y a medida que iba majando, cada golpe hacía que la tierra se fuera abriendo. Ella poco a poco se iba enterrando hasta desaparecer debajo de la tierra. Y en el lugar donde desapareció la muchacha, surgió una laguna pequeña. Ese lugar era el patio de la suegra.

Por la noche vino el muchacho de la caza. Preguntó por la joven. La madre no sabía qué responder. Fueron los vecinos quienes dijeron: "Toda la mañana estuvo

allí majando y cantando una canción extraña. Hablaba mal de su suegra y se lamentaba porque la madre no la había preparado para las tareas domésticas, no previniendo así el futuro". El joven quedó muy preocupado, temió lo peor, con la madre y se fue a buscar un hechicero. El hechicero dijo: "Ella ha desaparecido debajo de tierra. Es como si se tratase de resucitar a un muerto; no va a ser fácil. Hay que llamar a la madre de la muchacha". Y fueron a llamar a la madre. Cuando ella supo que la hija había desaparecido, pensó luego que la familia del muchacho no había cumplido sus recomendaciones. Vino corriendo. Ella dijo: "Yo eduqué a mi hija para la belleza. Ella era muy bonita, por eso no podía aprender ningún trabajo doméstico. Debía permanecer sentada, trabajando para la belleza". El joven dijo aprobándolo: "Yo la quería así". La madre del muchacho exclamó: "¡Nunca se vio cosa tal. Nadie come de la belleza. Todos los demás chicos desistieron de ella. Y eran de su mismo poblado. Tu tuviste aquí, en nuestro poblado muchas jóvenes, algunas de ellas más bonitas que aquella!"

El hechicero dijo: "Vamos a intentar traerla de nuevo a la vida". Y echó unos polvos en el agua de la laguna. El agua empezó a hervir. Danzó alrededor de la laguna, soplando un silbo que hacía "puuum, puuum, puuum" y hablaba en una lengua que nadie entendía. El agua fue bajando. La muchacha fue surgiendo con todas las cosas con que había desaparecido. El hechicero la preparó unas papillas de harina. Ella las tomó y vomitó, las tomó y vomitó, ¡las tomó y vomitó! Cuando ya se sentía mejor, ella dijo a su madre: "Madre, vamos para casa. Este no es mi lugar".

Desde ese día pasó a vivir con su madre, que le hacía todo. El muchacho quedó solitario y muy triste. Nunca más buscó otra mujer para casarse.

Y así termina esta historia de la muchacha que no aprendió el servicio de casa porque era muy bonita. Y el que no crea esta historia que vaya a Sena y pregunte a las piedras.

◆
* El Dr. Lourenço Rosario es profesor de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidade Nova de Lisboa y es promotor de las Jornadas Luso-Españolas de Estudios sobre Africa.

